

EL MISTERIO *de* GAIA



 **CARLOS CUALITÉMOC SÁNCHEZ**

ILUSTRADO POR TRUE MULTIMEDIA

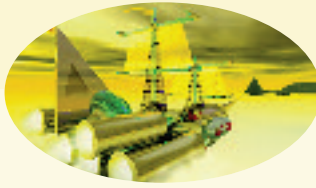
EL MISTERIO *de* GAIA

Cuento extraído del libro *Luz y tinieblas*

Una sorprendente historia de esclavitud y esperanza,
inspirada en hechos reales



Ediciones Siete y Diamante
¡Este mundo es un campo de esperanza!



Introducción

Nunca tuve buenos maestros de Historia. En algunas clases mi mayor ganancia fue aprender a dormir con los ojos abiertos. Odiaba tener que recitar de memoria nombres, fechas y aburridos acontecimientos. Por eso cuando enfermó nuestro profesor titular y llegó la maestra suplente, desperté de un salto al oírla explicar la conquista de América con una comparación fantástica.

—Imagina —dijo—, que te conviertes en astronauta y formas parte de la gran expedición espacial a Venus. Imagina que encuentras el planeta poblado por seres parecidos a nosotros, pero distintos en muchos aspectos. Los venusinos son hombrechicos buenos que tratan de hacerse tus amigos, pero te das cuenta de que poseen grandes riquezas y piensas: “Si pudiera llevarme todo esto, me volvería el hombre más rico de la Tierra”. Entonces tramas un plan para engañarlos....

Ella continuó con la metáfora. Todos en el aula la escuchamos, casi sin parpadear. ¡La conquista de América se veía mucho más clara así!

A partir de entonces comencé a razonar la historia de otra forma. Aprendí a hacer comparaciones: “*Esto* que ocurrió, es como si hubiera ocurrido *esto otro*”. Y con símiles fantásticos, captaba mejor la realidad.

El misterio de Gaia es un cuento basado en sucesos reales. No pretendo agregar, quitar o mezclar detalles a la historia. Tampoco trato de construir mi propia

versión de los hechos. Por el contrario, quiero compartirle al lector la analogía que imaginé para lograr apreciar, desde un nuevo ángulo, acontecimientos maravillosos que, tal vez por haberme familiarizado tanto con ellos, habían perdido su encanto.

Este cuento pretende honrar la verdad, dignificar lo sucedido, enfatizar los portentos del pasado y hacer que quien lo lea deje de recitar fechas y nombres para que vibre con la comparación de “*aquello* que ocurrió es como si hubiera ocurrido *esto*”.



Capítulo 1

Esa tarde Ian nadó sin detenerse durante varios minutos. Al fin llegó a la plataforma donde se cultivaban perlas. Estaba hecha de madera, protegida con aceite negro. Al tocarla sintió cómo sus manos se adherían a la superficie pegajosa.

Unos hombres movían el contenido de enormes tinas usando varas de bambú como si estuvieran preparando sopa para caníbales; otros, llenaban cubetas con el caldo y las acomodaban en filas interminables.

Olía a sudor y a pescado.

Dos gendarmes pasaron caminando junto a él. Se sumergió para no ser descubierto. Después volvió a sacar la cabeza del agua muy despacio. Identificó entre los trabajadores algunas caras conocidas: amigos, familiares, vecinos; todos ellos vigilados por los grotescos verdugos vestidos con ropa oscura. Les decían los “abaddones”. Se rumoraba que sufrían una rara enfermedad y no podían exponer su piel al sol. Eran seres extraños, misteriosos. No comían el alimento de las personas. De vez en cuando daban bocanadas al aire para aspirar una sustancia del ambiente. Eso los mantenía fuertes. Cuidaban los campos de trabajo y ejercían una poderosa influencia mental sobre los prisioneros.

Uno de los esclavos se tropezó y dejó caer la cubeta que cargaba. Cientos de almejas se esparcieron en el piso engrasado. Lo que Ian observó a continuación





le quitó el aliento: Varios trabajadores se acercaron al hombre que estaba en cuclillas tratando de recoger las conchas y comenzaron a golpearlo con las varas de bambú.

¿Qué era todo eso? ¿Cómo podían los vecinos y familiares de la isla ser tan crueles con uno de sus compañeros?

El pobre sujeto se arrastró por la plataforma. Su cuerpo magullado se había ensuciado con el aceite pegajoso dándole un aspecto espeluznante. Ian tuvo miedo, pero su angustia se convirtió en terror cuando lo reconoció.

Era su padre.

Susurró:

—Papá... ¿Qué te hicieron?

El hombre se asombró al ver a su hijo en el agua.

—¡Ian! ¿Qué haces aquí? ¡Vete! Pronto...

Un abaddón escuchó la corta plática y se giró con velocidad felina.

Por varios segundos Ian observó los ojos siniestros del verdugo; las pupilas le brillaron con esplendor rojizo. Sólo un animal podía ver de esa manera. Ian nunca había creído en los cuentos de horror, pero entendió que los poderes con los que esos seres controlaban a tanta gente debían provenir de los mismos abismos infernales.

Se echó a nadar de regreso a la isla. Sabía que ellos podían alcanzarlo en un barco con facilidad, pero lo dejaron escapar. Al fin y al cabo, lo habían visto y sabrían dónde encontrarlo.